

2. Medio ecofísico

A caballo de las últimas alineaciones oretanas A (sierras de Guadalupe y de San Pedro), con los estribos en el Sistema Central (Gredos-Gata) y en Sierra Morena Occidental, y ocupando las cuencas medias de los ríos Tajo y Guadiana, se extiende Extremadura, un territorio amplio y marginal de 41.602 km² sobre el que se asientan las dos provincias más extensas del país, Cáceres y Badajoz, que se corresponden en líneas generales con dos subáreas geográficas la Alta y la Baja Extremadura.

Extremadura ofrece una rica gradación de **matices geográficos**, estrechamente relacionados con el soporte territorial.

Al norte, las elevadas montañas de Gredos o la sierra de Gata constituyen las grandes barreras carpetanas que separan Extremadura de la meseta septentrional. Montañas superiores a 2.000 m y valles o depresiones inferiores a los 400 m (valles del Ambroz, del Jerte, del Tiétar) configuran la margen derecha de la cuenca sedimentaria del Tajo.

Al centro, como prolongación oretana (Montes de Toledo), el macizo de las Villuercas muestra un relieve quebrado, con grandes contrastes topográficos entre las crestas culminantes (1.601 m) y los valles encajados que se dirigen al Tajo o hacia el Guadiana. Los rasgos morfológicos de este relieve accidentado se prolongan hacia el oeste en las sierras de Montánchez y San Pedro.

Al sur, la sierra del Pedroso delimita la cuenca del Zújar, en tanto que la sierra de Tudia (Sierra Morena) constituye el último escalón separador de la cuenca del Guadalquivir.

La explicación del territorio extremeño se reduce a veces a la presencia dominante del basamento palozoico y silíceo y a la formación de la extensa penillanura extremeña. En efecto, el relieve que mayor personalidad confiere al paisaje extremeño es el de la penillanura, con cotas alrededor de los 400 metros. Pero las incisiones fluviales, aun cuando son pequeñas, los berrocales, los relieves residuales y las secretas apalachenses rompen con la aparente uniformidad del conjunto.

La influencia de factores estrictamente climáticos se ve matizada por los geográficos, y así es importante señalar la influencia de la relativa proximidad al océano y del relieve.

La temperatura media anual de Cáceres (476 m de altitud) es de 16°, en tanto que la de Badajoz (186 m de altitud) es de casi 17°. Las temperaturas medias del mes de enero son de 6,8° y de 8,1° en una y otra capitales, respectivamente. En cualquier caso, las altas temperaturas durante el estío contrastan con la presencia de heladas invernales.

Las irregularidades del zócalo con que tropiezan las masas nubosas atlánticas reducen moderadamente su eficacia pluviométrica. Por ello, es apreciable una disminución de la humedad hacia el este cuando las precipitaciones son de origen oeste y noroeste. De igual modo ocurre con las lluvias de procedencia sudoeste; es entonces el escalón de Sierra Morena el que actúa como pantalla, recibiendo la mayor parte de la humedad.

La distribución de isoyetas refleja la desigualdad interna regional, una vez más definida por el factor relieve. La moderada flexión de Sierra Morena eleva las precipitaciones medias anuales algo por encima de los 800 mm; los relieves de Villuercas (culminantes alrededor de los 1.000 m) hacen que suban hasta los 1.000 mm, mientras la gran pantalla del Sistema Central, con escarpes de hasta 2.400 m, recoge los valores más altos, entre 1.500-2.000 mm. Pero el resto, la mayor parte del territorio, dista bastante de estos valores pluviométricos; así, por ejemplo, la precipitación media anual en la zona pacense de Barros-Vegas Bajas es inferior a 400 mm. En cualquier caso se trata de lluvias escasas, insuficientes para satisfacer las

necesidades de la evapotranspiración potencial. Además, se trata de precipitaciones irregulares en todos los sentidos. La desigualdad afecta a la distribución estacional y a la intensidad diaria. Se admite en general la existencia de dos estaciones pluviométricas: una seca, de verano, y una húmeda, de otoño a primavera.

En resumen, la región se encuadra en un clima mediterráneo con débiles matices atlántico-continentales.

Así, puede hablarse de un tipo climático mayoritario, que se define como *seco-subhúmedo* y que afecta a las tierras bajas de Jerez, Llerena, Azuaga, La Serena, Los Montes, Alburquerque, Alcántara, Cáceres, Trujillo, Coria y Campo Arañuelo. El tipo *semiárido* afecta a la Tierra de Barros, Vegas Bajas y Olivenza, y el *subhúmedo* se aprecia en los altos de Sierra Morena, en el macizo de Villuercas y cumbres de Montánchez y en el piedemonte del Sistema Central. Por último, la pantalla montañosa del Sistema Central se enmarca, claramente, dentro del tipo de clima húmedo.

Hidrológicamente, Extremadura distribuye su territorio entre las grandes cuencas del Guadiana y el Tajo, excepción hecha de una pequeña porción que vierte aguas al Guadalquivir (cuencas del Viar y del Bembézar) y otra mucho menor que lo hace a la del Duero (Malena).

Se trata de una red hidrológica instalada sobre terrenos muy compactados y poco permeables, con predominio de pizarras precámbricas y algunas cubetas arcillosas del terciario. Sin embargo, se trata de terrenos frágiles por su rigidez, que permiten la circulación y almacenamiento subterráneo de las aguas en las innumerables fracturas. Existe, pues, una variada, compleja y rica hidrogeología, sobre la que pesa la constante amenaza de sobreexplotación derivada de la lentitud de recarga.

El Tajo, el río más largo de la Península Ibérica, incrementa considerablemente su caudal en Extremadura, y lo hace casi en su totalidad por su margen derecha (ríos Tiétar y Alagón), ya que por su margen izquierda recibe las aguas del Ibor, el Almonte y el Salor, desagües de una penillanura en la que la pluviometría del macizo de las Villuercas es insuficiente para influir en la esorrentía de la cuenca. El curso extremeño del Tajo está jalonado por numerosos puentes, entre los que destacan el del Cardenal, en Villa Real de San Carlos, el de Alconétar, en Garrovillas, y el de Alcántara.

El otro río principal que recorre las tierras extremeñas es el Guadiana. Procedente de La Mancha serpentea entre el zócalo de Los Montes y se remansa en los embalses de Cíjara, Puerto Peña y Orellana. A partir de aquí discurre tranquilamente por las depresiones de La Serena. Los afluentes extremeños son poco importantes. Por la derecha destaca el Rucas, que recoge las aguas de Las Villuercas; por la izquierda recibe al Zújar y al Machatel.

Se trata, en general de corrientes fluviales dependientes del régimen de precipitaciones de sus cuencas y, por lo tanto, de marcado carácter estacional. Si las lluvias están marcadas por la irregularidad, ésta será también la característica de los ríos. Los máximos caudales se registran en invierno, lo que en modo alguno excluye la posibilidad de inviernos secos. Los veranos, sin embargo, generan estiajes fuertes, frecuentemente absolutos. Pero tampoco es infrecuente el desbordamiento repentino de pequeños cauces, capaces de anegar cosechas y núcleos de población.

Los **suelos** presentan una marcada homogeneidad, donde los matices se definen por las características litológicas y, fundamentalmente, por la mecánica genética de los materiales soportantes. De este modo, los litosuelos sobre pizarras son propios de las grandes extensiones de penillanura sobre el complejo esquistoso del precámbrico. Así, las tierras pardas meridionales predominan sobre cualquier otro tipo de suelo. Algunas áreas de suelos rankeriformes, rojos mediterráneos y aluviales, no hacen sino de acompañantes azonales de un conjunto de tierras pardas húmedas en la montaña, pardas calizas en pequeños espacios de caleño y algunas pardorojizas.

Desde un punto de vista biológico, este espacio regional resulta de un paradigmático carácter mediterráneo, tanto en lo que se refiere al soporte edáfico, como a la vegetación y la fauna. La influencia del clima en los procesos biológicos es tan destacada, que supera fisionómicamente a los caracteres antrópicos.

El **bosque mediterráneo** encuentra en Extremadura tal vez su más destacado reducto. La encina y el alcornoque, en general formando bosques aclarados y adeshados, imprimen el carácter más definitorio de la región.

Inseparablemente unida al bosque existe una rica fauna que reproduce una casi perfecta pirámide ecológica. Especies de carroñeros, depredadores y herbívoros, mamíferos, reptiles, aves, insectos y peces han sido uno de los factores más decisivos para la implantación de los asentamientos humanos. Las amplias extensiones despobladas permiten el mantenimiento de numerosas especies de indiscutible valor ecológico (lince, cigüeña negra, buitre negro), a la vez que suponen un primordial asentamiento para numerosas especies de aves migradoras.

En condiciones naturales, la vegetación y los cultivos se encuentran limitados por la no correspondencia de los ciclos de humedad y temperatura. Ello supone un proceso selectivo de especies que caracterizan ambientalmente a la región, influyendo decisivamente en un modelo de vida ajustado a las disponibilidades del ciclo vegetativo. Especies xerófilas, en bosque y sotobosque, capaces de soportar la aridez de los veranos largos mediante un profundo desarrollo radical y una fuerte esclerosis de los órganos aéreos; especies de ciclo de invierno, en el estrato herbáceo, con predominio de gramíneas que fructifican a finales de primavera para reiniciar su ciclo en el otoño.

Es éste uno de los aspectos de mayor importancia en la estructuración y el desarrollo del campo extremeño: abundancia de pastos que se generan en el otoño y el invierno, según la distribución de las lluvias. Las primeras lluvias, tras el verano, favorecen la *otoñada* y encierran la clave de los resultados ganaderos del año. La distribución modal de las lluvias y la suavidad de las temperaturas posibilita la presencia de una variada gama de herbívoros durante ocho o nueve meses. El resto del año se desplazan hacia las áreas circundantes, donde la relación humedad/temperatura sea más favorable. Intimamente relacionado con ello está la presencia del hombre, como cazador primero y como pastor trashumante después.

La irregularidad de las lluvias, capaz de dar al traste con las expectativas económicas, puede solventarse con la esporádica presencia de lavajos, charcas y manantiales. Las posibilidades de almacenamiento de agua son amplias. La abundancia de pizarras genera lechos arcillosos capaces de contener aguas freáticas generalmente en pequeña cantidad, pero nunca despreciables.

Es patente, por tanto, la gran diversidad que desde cualquier punto de vista (geomorfológico, climático, y por ende, ecosistémico y paisajístico) ofrece el vasto territorio que constituye la región extremeña.

A continuación se describen varios de los ambientes considerados más importantes para una caracterización ecológica en clara conexión con la dinámica trashumante en Extremadura.

2.1. LA DEHESA EXTREMEÑA

El origen de la dehesa hay que situarlo en más de 1.000 años de antigüedad. En un principio se trataba de un gran encinar particularizado, segregado del entorno y defendido de las agresiones exteriores, cuyos iniciales aclareos mediante talas e incendios posibilitaron el aprovechamiento mixto silvo-cinegético-pastoril. Además, en algunas zonas en las que la relación clima-suelo y vegetación lo permitía, se desarrollaron cultivos extensivos con finalidad más bien de subsistencia.

El arbolado, compuesto fundamentalmente por encinas (*Quercus rotundifolia*) o alcornoques (*Q. suber*), aparece con una densidad muy variable, desde el bosque aclarado hasta el majadal arbolado. En el primer caso pueden conseguirse hasta 60 pies por hectárea, mientras que en las formaciones más abiertas la densidad se reduce a 10-15, o incluso menos.

Las condiciones de sombra en los estratos inferiores varían en función del número de árboles presentes. Este factor condiciona la aparición de especies cada vez más heliófilas a medida que disminuye el número de árboles. La tendencia natural del bosque, al ser aclarado, es la de cubrir los espacios abiertos a base de nuevos rebrotes, y la aparición de otras especies de arbustos y **matorral**.

La aparición de manchas de matorral se halla representada principalmente por arbustos pertenecientes a distintas familias (Cistáceas, Ericáceas y Leguminosas), así como por comunidades de rosáceas (*Rosa sp.*, *Rubus sp.*, *Crataegus sp.*, etc.).

Los jarales son matorrales típicamente mediterráneos, de los cuales el más genuino es el constituido por la jara pringosa (*Cistus ladanifer*). Aparecen sobre todo como regresión del cocinar; prosperan en general sobre suelos ácidos y muy degradados, siendo indicativos de los muy pobres.

El jaral es una formación arbustivo muy escasa en especies, dando lugar en ocasiones a masas intrincadas monoespecíficas. En las dehesas, sin embargo, este tipo de jarales no tienen verdadera entidad, salvo en zonas de caracteres serranos o preserranos, en los que la dehesa es una formación minoritaria.

En los climas de influencia más atlántica, o del tipo mediterráneo húmedo, son características las comunidades fruticosas dominadas por los brezos (*Erica, spp.*), en su mayoría también acidófilos. En la dehesa es raro encontrar masas grandes de brezal, presentándose generalmente en pequeños grupos o ejemplares aislados entre otras comunidades vegetales. Se trata de formaciones mixtas, muy favorecidas por la existencia de zonas de ecotonía y la acción del hombre, en las que se mezclan distintas especies.

Los retamares o aulagares sustituyen tanto a los bosques esclerófilos como a los caducifolios, y en ellos participan diversas especies de leguminosas que pueden dar formaciones monoespecíficas o con frecuencia mixtas de varias «retamas», o también con otros arbustos de jarales y brezales.

La tercera formación de vegetación presente en las dehesas y que ocupan, con diferencia, la mayor parte de la superficie de las mismas, son las plantas herbáceas. Al eliminar el matorral, el pasto, inicialmente disperso entre las matas y con recubrimientos del suelo habitualmente menores del 20%, pasa a tener la posibilidad de ocupar la totalidad de la superficie. A esta comunidad de **pastizales y prados** afectan multitud de factores: sustrato, clima, orientación, o sobre todo las distintas acciones del hombre y del ganado, que conducen a la aparición de muy diversos tipos de pastos.

Aunque las numerosas especies pertenecen a muchas familias de plantas, las mejor representadas son las leguminosas y las gramíneas, cuyos componentes dominan, siendo un tapiz herbáceo muy variable, no sólo en composición específica, sino también en recubrimiento y fenología.

2.2. PRODUCTIVIDAD/ESTABILIDAD DE LA DEHESA

El bosque climático natural, denso, resulta poco útil para el hombre. Cualquier ecosistema forestal maduro, incluido el bosque mediterráneo original, reinvierte todos sus excedentes energéticos en sí mismo, por lo que apenas existe posibilidad de explotación. La estabilidad de estos ecosistemas es fruto de una muy alta diversidad.

A medida que el hombre explota estos ecosistemas naturales, su estructura se simplifica, disminuyendo su diversidad. Se acortan así las cadenas tróficas y los flujos de materia y energía, produciéndose excedentes que el hombre puede aprovechar. Sin embargo, esta explotación necesita de la intervención humana; su cese hará evolucionar al sistema hacia sucesivas etapas seriales, convirtiéndose lentamente en un sistema cada vez más maduro y diverso, y menos exportador de energía.

La dehesa es un ejemplo singular de equilibrio entre su productividad y estabilidad, requiriendo además una inversión relativamente muy pequeña de energía para su mantenimiento. Posee también una rentabilidad energética muy elevada, considerando las fuertes limitaciones físicas del medio en que se desarrolla y su carácter sostenible indefinidamente.

La aportación energética de la dehesa cuenta con una alta rentabilidad (98,2%), debido a la reutilización de los productos originados en el propio sistema. Esta reutilización tiene una gran importancia también en las salidas energéticas globales (89,1%). Cinco productos no comestibles (leña, carbón, corcho, lana y pieles) representan el 57% del grupo total de productos comerciales, mientras los productos agrícolas y ganaderos (cereales, carnes, leche, quesos, miel) proporcionan una cantidad de energía similar. La producción de ganado en la dehesa corresponde aproximadamente al 90% de la producción energética total, lo que pone de manifiesto la importante función de la ganadería en el sistema (Ruiz, 1986)'.

Así pues, las crecientes necesidades del hombre, entre las que se encuentran las de una importante ganadería extensiva, hacen que el primitivo bosque mediterráneo se aclare eliminando parte de su arbolado y manteniendo otro más disperso. En definitiva, se constituye un prado en el que los árboles desempeñan un doble papel, protector y productor.

El ecosistema adehesado mantiene unos patrones de manejo y gestión que optimizan la relación «productividad-explotación sostenida del recurso»,. La tendencia lógica debe ser la del aprovechamiento y explotación de los recursos naturales que ofrece la dehesa, sustentando su ritmo de producción y las operaciones de explotación: poda, entresaca, cultivos y cargas de ganado. No se trata, pues, de obtener el máximo rendimiento posible -y por tanto la máxima rentabilidad a corto plazo-, ya que esta situación puede agotar los nutrientes disponibles en poco tiempo; los objetivos deben dirigirse hacia la obtención de un

óptimo (que no máximo) de recursos, de modo que la dehesa conserve todo su potencial productivo año tras año.

Tradicionalmente, a pesar de la complejidad del sistema, éste no resultaba autosuficiente, sino que dependía de otros sistemas con los que se complementaba perfectamente en su ciclo anual (montes, rastrojeras, etc.), que permitían el descanso y recuperación de un pasto que al agostarse en primavera, no era capaz de sustentar al ganado. Es así como terminó por incorporarse la trashumancia al mantenimiento de la dehesa extremeña.

De entre las especies ganaderas, la oveja merina es el animal tradicionalmente asociado a la dehesa y al viaje trashumante. El valor decreciente de su fino y apreciado vellón no le restó importancia como integrante fundamental de este sistema.

Ruiz, M. (1986). «Sustainable food and energy production in the spanish "dehesas"». Unu-Food and Energy Nexus Programme.

Sin embargo, el ganado vacuno ha ido implantándose en las dehesas por razones coyunturales, económicas, de facilidad en el manejo, etc., encontrándose hoy una amplia gama de razas dentro de los efectivos trashumantes, según su lugar de procedencia (ver Capítulo 5.2.).

2.3. ASPECTOS ASOCIADOS AL MANEJO DE LA VEGETACIÓN EN LAS DEHESAS

La permanencia a lo largo del tiempo de las dehesas como tales se debe a la aplicación de unos modos de explotación equilibrados con su capacidad productiva. Así, se establece un balance entre la biomasa que el ecosistema es capaz de producir y la demanda de la misma por parte del hombre.

Los métodos de manejo tradicionales, transmitidos durante generaciones, hacían prevalecer el buen criterio en cuanto a los límites entre uso y abuso. La producción obtenida de las dehesas cubría sobradamente las necesidades de vida de sus propietarios, sin necesidad de acudir a una sobreexplotación.

La realidad actual es, en un buen número de casos, que el balance económico para los propietarios es deficitario. Esta situación condujo a las talas masivas de encinas, a la poda irracional y abusiva y al sobrepastoreo de los recursos pascícolas. La eliminación del carrascal en favor del pastizal se debe a que la calidad de la biomasa que ofrece para el ganado ramoneador es muy pobre, con baja digestibilidad debido a la alta tasa de lignina y contenido pobre en nutrientes.

Otro de los aspectos más controvertidos en el entorno de la dehesa y su manejo se refiere al aclareo y erradicación de matorral. El matorral constituye una cubierta vegetal muy resistente a condiciones adversas. Generalmente se desarrolla en formaciones cerradas difíciles de eliminar. La práctica más eficaz para su eliminación es la acción combinada del cultivo y la concentración de ganado.

Muchas de las prácticas agrícolas que se vienen realizando están fundadas en objetivos a corto plazo, animadas por el afán de transformar en poco tiempo una superficie aparentemente asilvestrada para otros usos. En cierto modo, lo que el hombre consigue es interrumpir procesos naturales de recuperación, regeneración, desarrollo y evolución de suelos, dando marcha atrás en esta tendencia natural. Cuando se exige a un ecosistema la permanencia constante en un mismo estado serial, no maduro, impidiendo su evolución, puede llegarse al empobrecimiento del suelo por falta de un eficiente aporte vegetal de nutrientes y de protección contra la erosión.

La dehesa es un agrosistema que conserva unos valores medioambientales excepcionales. La riqueza y diversidad faunística es enorme con relación a cualquier otro sistema de explotación agrícola o ganadera. Las dehesas maduras, adecuadamente explotadas, ofrecen a la fauna una diversidad de oportunidades que pueden llegar a superar, incluso, a las de otros medios más asilvestrados.

En la dehesa, la complejidad de las relaciones tróficas y competitivas es una garantía contra la proliferación de grandes plagas, ya que existen medios espontáneos de respuesta biológica.

La diversidad estructural de la dehesa tiene una influencia determinante sobre la riqueza y diversidad faunística. La presencia de grandes árboles y claros permite la coexistencia en un mismo espacio de animales típicos de áreas forestales con aquellos de áreas abiertas, en un claro efecto ecotónico. La misma encina es un medio muy complejo que, con su propia estructura y distribución interior de volumen, contribuye a la diversificación espacial y a la creación de un microclima característico que favorece el propio funcionamiento de la dehesa. Por otra parte, las extensiones abiertas de la dehesa son un medio apropiado para el desarrollo de pastos muy productivos y de alta calidad que sostendrán gran parte de la fauna local, además de la cabaña ganadera.

El efecto ecotónico, lejos de presentarse como un efecto de borde entre ecosistemas, se mantiene en toda la extensión de la dehesa, confiriéndole una baja originalidad, pero afectando muy positivamente a la riqueza y diversidad de especies y nichos.

Las riberas, balsas y lagunas artificiales que se crean como abrevaderos para el ganado son otros elementos diversificadores del paisaje de la dehesa extremeña que aportan una heterogeneidad muy alta a las comunidades animales.

La acción de los herbívoros sobre la dehesa puede resultar reactivadora e impulsadora de su propia regeneración y ritmo de producción. El pastoreo y el ramoneo influyen de modo notable sobre los ciclos de nutrientes dentro del sistema, además de modelar físicamente la vegetación.

Para terminar, insistiremos una vez más en la importancia de la trashumancia como gestión idónea para aprovechar los picos de producción que se registran a lo largo del año entre las descritas dehesas extremeñas y los pastizales del norte peninsular. Se trata de una actividad, complementaria en sí misma, que permite la recuperación del sistema en clave de optimización -que no maximización- de sus producciones.

2.4. ZONAS ESTEPARIAS

Quedaría incompleta sin duda nuestra aproximación a las grandes zonas de invernada de ganado trashumante si no mencionáramos las estepas extremeñas. Se trata de amplias extensiones de pastizales dedicados mayoritariamente a la cría lanar. Entre ellas hay dos áreas sobresalientes: el área Central de la provincia de Cáceres, y la comarca de La Serena, situada en el extremo oriental de la provincia de Badajoz.

Las estepas de la provincia de Cáceres se extienden ampliamente sobre la gran penillanura meridional entre el río Tajo, por el Norte, y las sierras de Montánchez y de San Pedro, por el Sur, abarcando principalmente los términos de Alcántara, Membrío, Brozas, Arroyo de la Luz y el propio Cáceres.

En La Serena, los pueblos de La Coronada, Campanario, Castuera, Cabeza del Buey, Puebla de Alcocer y otros delimitan una ondulada penillanura, totalmente desarbolada, que ocupa una séptima parte de la superficie provincial².

En el aprovechamiento actual de los dos ecosistemas descritos dehesas y estepas- parece existir una marcada diferencia entre el ganado vacuno y el ovino. Si bien las dehesas habitualmente fueron ocupadas por el ganado menor, en la actualidad son los propietarios de bóvidos los que arriendan estas fincas, que además suelen tener costes más elevados. Ello ha motivado el desplazamiento de los ovejeros hacia los pastizales al no poder competir en los precios de arrendamiento, ya que su nivel de renta es casi siempre inferior.

Suele afirmarse que existe una clara dualidad de querencia de territorio: la oveja por el llano, y la cabra por la sierra. Sin embargo, dada la elevada rusticidad de la cabra, puede afirmarse su gran adaptabilidad a diferentes terrenos más o menos llanos o serranos. Así, por ejemplo, se detecta su presencia, tanto en régimen estante como trashumante, en los encinares próximos a las riberas del Tajo³.

Los hatos de cabras ramonean los arbustos de la dehesa, e incluso los árboles, además de pastorear los herbazales. Lo que hace realmente distinguir a estos hatos es su peculiar movimiento trasterminante dentro de la geografía regional. En el otoño descienden a las dehesas de la penillanura, y a comienzos del verano emprenden el camino de regreso hacia las sierras altoextremeñas. Estos movimientos resultan

prácticamente obligados tanto por las duras condiciones invernales en los pastos de mayor altura, cuanto por el rápido agostamiento del herbazal en los llanos.

El momento de llegada de las cabriadas a la dehesa de invernada se hace coincidir con la montanera, con lo que también aprovechan la codiciada bellota. La vuelta, a su vez, se efectúa cuando la nieve se ha retirado de los frescos pastos, los árboles y arbustos presentan un rico y apetecible follaje para las cabras.

Realizan así un recorrido circular a pie, acogiéndose en este caso más bien a la complementariedad altitudinal de las tierras extremeñas que a la latitudinal entre el norte y el sur peninsular.

² Una descripción más detallada de esta zona puede encontrarse en Cuadernos de la Trashumancia, nº 5. Madrid, ICONA.

³ FLORES DEL MANZANO, F.(1991). Los Cabreros extremeños. Cuadernos Populares, nº 46. Editora Regional de Extremadura. Mérida.